

ídolos, con ira espantosa. Los sacerdotes y los augures aztecas, vestidos con sus ensangrentadas túnicas, exhortaban á los guerreros, desde el átrio superior del templo, á que luchasen contra los enemigos de sus dioses. Excitados los mejicanos por las palabras de los ministros de su religion, se arrojaban sobre sus contrarios despreciando la muerte; pero sintiendo los estragos de la pieza de artillería y no pudiendo resistir al filo de las espadas toledanas, abandonaron el punto, refugiándose á las calles inmediatas. Muchos de los guerreros que defendían las torres del elevado *teocalli*, que eran los santuarios en que se hallaban sus divinidades, quedaron muertos al pié de los altares, teniendo á dicha morir en defensa de sus dioses, y otros fueron precipitados al patio inferior, quedando despedazados en la caída.

Dueños los españoles del recinto consagrado á la religion, penetraron en el santuario del dios Huitzilopochtli, que lo formaba una de las dos torres colocadas en la parte superior del templo. El monstruoso ídolo, que estaba adornado de una careta de oro y de diversas alhajas, representando corazones y cráneos humanos, fué despojado de ellas por los soldados primeros que subieron, y arrojado por las escaleras del *teocalli* (1).

(1) En la 13.^a relacion de Ixtlilxochitl, que D. Carlos María Bustamante dió á luz, y en la cual se comprende entre otras cosas algo sobre la toma de Méjico, se dice que Cortés fué el que se apoderó de la máscara de oro que cubría el rostro del númen de la guerra. Ya he manifestado en la nota anterior que el general español no llegó á la plaza, y por lo mismo, mal pudo subir á las torres del templo donde estaba Huitzilopochtli. Pero las palabras que voy á copiar del mismo Hernan Cortés, acabarán de convencer de que no subió al santuario. «Y los españoles y nuestros amigos se lo ganaron,» dice, «y estuvi-

Desde aquel punto dominante, descubrían la ciudad entera, y fijaban la vista en varios sitios de imborrables recuerdos para ellos. A muy corta distancia, en la inmediata calle, llamada actualmente de Santa Teresa, se levantaba el vasto palacio de Axayacatl, donde tuvieron sus cuarteles y encontraron el tesoro de Moctezuma: al lado opuesto, en la que lleva el nombre de Empedradillo, se veían los suntuosos edificios en que aquel infortunado emperador azteca habitó al principio de su reinado y que, ocupando toda la parte que lleva ese nombre, y llegando por la calle de Plateros y de Tacuba hasta la de San José el Real, formaban uno de sus sitios de recreo, donde se hallaban, en inmensas pajareras, las bellísimas y variadas aves de brillante plumaje, que pueblan los bosques y las selvas del Anáhuac. Al otro lado, y un poco mas adelante, se destacaba el grandioso palacio, en que á la llegada de Hernan Cortés habitaba Moctezuma, ocupando el mismo sitio en que hoy se levanta el de los presidentes, aunque entonces se extendía hasta la esquina de la calle de Flamencos, cogiendo toda la plaza del Volador y la Universidad, hasta la del Correo Mayor. Pero á separarles de los recuerdos despertados por los sitios que les eran conocidos, llegaron bien pronto los espantosos alaridos de guerra, lanzados de

ron en él y en las torres un buen rato.» No dice les ganamos y estuvimos, ni estuve, sino les *ganaron* y *estuvieron*. Por lo mismo no es de admitirse lo que con referencia á ese hecho trae Ixtlilxochitl y que el laborioso escritor D. Carlos María Bustamante dió á luz y dice así: «En la capilla mayor donde estaba Huitzilopochtli que llegaron Cortés é Ixtlilxochitl á un tiempo, y ambos embistieron con el ídolo. *Cortés cogió la máscara de oro*, con ciertas piedras preciosas que estaban engastadas en ella.» En la historia la verdad debe estar ante todo.

repente por toda la ciudad. Guatemotzin, queriendo castigar la osadía de los que habian penetrado hasta el templo, envió contra ellos millares de escuadrones, mandados por sus mas bizarros capitanes. La plaza se inundó, por decirlo así, de guerreros mejicanos, que penetraban en ella por todas las calles inmediatas, como desembocan en el mar los caudalosos rios que marchan por diversos cauces.

Las tropas aliadas y los españoles, que habian quedado en el átrio inferior del templo, se vieron acometidos con furia espantosa. Los soldados que habian subido al *teocalli*, bajaron precipitadamente para unirse á sus compañeros. Formando un cuerpo compacto, trataron de resistir, á pie firme, el empuje de sus contrarios. Confiaban que, entretanto, marcharia en auxilio de ellos Hernan Cortés, que se habia quedado atrás, haciendo cegar los fosos y los puentes. Pero todos sus esfuerzos, por sostenerse quietos en un punto, fueron inútiles. Los mejicanos, sedientos de vengar los ultrajes inferidos á sus dioses, cayeron como un torrente impetuoso sobre sus contrarios, arrollándolos hasta arrojarlos del circuito del templo. Los españoles, alentados con la esperanza de que serian auxiliados por el general, y conociendo que si se desordenaban, serian perdidos sin remedio, se detuvieron en la plaza, presentando las puntas de sus espadas á sus furiosos enemigos. Una descarga de arcabucería, disparada á quema ropa, detuvo á las primeras filas aztecas. Los españoles trataron de aprovechar esta detencion para disparar el cañon que tenian y abrir un claro en las filas contrarias; pero no lograron realizar su intento. Antes de que acabasen de cargar, los mejicanos se precipitaron sobre ellos, y se vieron arrojados por la

multitud fuera de la plaza, dejando el cañon en poder de los mejicanos.

Acosados entonces por todas partes, emprendieron su retirada con bastante desorden por la calle actual de Flamencos, hácia la del Rastro, en línea recta, llamada de Iztapalapan en la época de los acontecimientos que refiero (1). Todo fué confusion en aquellos instantes. Los escuadrones aliados, viendo desordenados y sin concierto á los cristianos, comprendieron que el peligro era muy grande, y emprendieron la fuga, atropellándose en ella.

El capitan que mandaba la fuerza castellana, manifestando un valor heróico, arengó á sus soldados para que combatieran unidos, haciéndoles ver que era la única manera de poder salvarse. Su voz fué escuchada, y todos se detuvieron á hacer frente al enemigo, retirándose poco á poco y en concierto (2). Pero el orden y la formacion fué imposible conservarlos por mucho tiempo. Acometidos de continuo por un número incalculable de guerreros que se precipitaban sobre ellos con imponderable arrojo, volvieron á desorganizarse, dando á la retirada todo el aspecto de una fuga. En aquellos críticos momentos apa-

(1) «E por fuerza», dice Cortés en su tercera carta, manifestando así que no se halló entre los que llegaron á la plaza, «los echaron de las torres y de todo el patio y circuito, en que se vieron en muy grande aprieto y peligro; y como iban mas que retrayéndose, hicieron rostro debajo de los portales del patio. E como los enemigos los aquejaban tan réciamente, los desampararon y se retrajeron á la plaza, y de allí los echaron por fuerza hasta los meter por la calle adelante; en tal manera, que el tiro que allí estaba lo desampararon.»

(2) Prescott pone á Cortés entre los que se retiraban del templo y de la plaza; pero ya he manifestado que el error tiene su origen en lo que refiere D. Antonio de Herrera.

recieron, como brotados de la tierra, tres soldados de caballería, derribando á la multitud victoriosa y esparciendo el terror en ella.

La escena cambió entonces completamente. Los españoles, al verse auxiliados por los jinetes, se lanzaron sobre los escuadrones mejicanos que, aterrados por la súbita aparición de los corceles, y creyendo que llegaba toda la fuerza de caballería, emprendieron precipitadamente la retirada.

No nacia el terror de los mejicanos hácia los caballos, de supersticion ni de error ninguno. Tenian demasiada capacidad y buen criterio para que no se les infiera la injuria de creerles dominados de una preocupacion que estaban muy lejos de abrigar. En la larga permanencia de los españoles en la capital azteca, se habian familiarizado con la vista de aquellos briosos animales. Despues, cuando llegaron los dias de combate en los cuarteles y en las calles, se habian presentado delante de los jinetes, hiriendo á muchos de éstos y matando á no pocos de los corceles que montaban. En la retirada de la Noche Triste, los fosos quedaron cubiertos de caballos muertos, y en todas las entradas que pocos dias antes de emprender el sitio se habian hecho por la calzada de Tacuba, los mejicanos rechazaron á los jinetes hiriendo á los bridones que montaban. El terror á los caballos reconocia una causa enteramente natural. Los mejicanos, llenos de valor, y resueltos á luchar contra la caballería á pié firme, habian hecho lanzas muy largas, muchas de las cuales presentaban, por punta, las cortantes espadas quitadas á los españoles. Pero no bastaba el valor ni las armas. Faltaba una cosa

esencial: el conocimiento de la esgrima de la temible lanza para defenderse de la caballería. Los mejicanos se habian presentado mil veces, llevados de su heróico denuedo, á combatir contra los jinetes; pero á pesar de su arrojo y de su esfuerzo, se habian visto siempre atropellados por los corceles, debido á la causa que dejo referida. Los funestos resultados obtenidos en todos los encuentros en que habian tratado de resistir á la caballería, llegó á infundir en ellos el justo y natural terror que le cobraron. Por eso al verse de repente acometidos por los jinetes que acudieron en auxilio de sus compatriotas, se sobrecogieron de espanto, y emprendieron en confuso tropel su retirada hácia la plaza, desapareciendo de ella y del átrio á los pocos instantes, abandonando el cañon que antes habian dejado los españoles.

Recobrada por los castellanos la pieza de artillería y reforzados por otros seis jinetes más que llegaron en aquellos momentos, siguieron por un instante el alcance de los fugitivos. Todos los edificios inmediatos al templo habian sido abandonados por los aztecas. Unicamente se habian quedado en el átrio superior del *teocalli*, doce nobles guerreros mejicanos, resueltos á morir defendiendo el santuario de sus dioses. Aunque el templo tenia ciento catorce escalones y los castellanos se hallaban fatigados del largo combate sostenido, cinco de los mas fuertes y ligeros emprendieron la subida. Los nobles aztecas les esperaron con valor, y al llegar á la cúspide, se trabó un reñido combate. El *maquahuitl* mejicano y la espada toledana se cruzaron, mostrándose los que las manejaban dignos de la reputacion de valientes, justamente adquirida por los

hijos de los dos países. Pero en este combate, la destreza en el manejo de las armas dió el triunfo á los españoles. Los doce guerreros mejicanos quedaron muertos en la lucha, sin haber dado un paso atrás; sin haber querido rendirse (1).

Eran ya las seis de la tarde. Hernan Cortés, viendo que se aproximaba la noche, envió orden para que se retirasen, pues la prudencia exigía volver al campamento antes de que se ocultase la luz del sol. Al ver los mejicanos que las tropas españolas emprendían su movimiento de retroceso, se lanzaron por todas partes dando horribles alaridos y acosándoles por los flancos y la retaguardia. Los nueve jinetes, colocados al fin de la columna, acometían de vez en cuando á los aztecas, persiguiéndoles un gran rato y causándoles terribles daños. Así llegaron hasta el sitio en que se habia detenido Cortés á cegar la última cortadura, emprendiendo juntos la retirada hacia el campamento.

El número de guerreros mejicanos aumentaba á cada instante, arrojando un diluvio de flechas y de piedras. Si Hernan Cortés no hubiera tenido la precaucion de cegar los fosos, la vuelta al campamento hubiera presentado graves dificultades; «pero todos los malos pasos de la calle y calzada que presentaban peligro al tiempo de retirarse, los habia compuesto, como él asegura, y los soldados de caballería, que eran los que intimidaban á los contrarios, podían correr de un lado á otro libremente.»

El general español, colocando á la vanguardia á las tro-

(1) «Hiciéronse fuertes allí diez ó doce indios principales de los de la ciudad, y cuatro ó cinco españoles subiérongela por fuerza; y aunque ellos se defendían bien, se la ganaron y los mataron á todos.»—Tercera carta de Cortés.

pas aliadas, y en el centro á la infantería española, montó á caballo y se puso con los jinetes en la retaguardia para contener á los contrarios, sobre los cuales se lanzaban varias veces, causándoles considerable número de muertos. Sin embargo del daño que los aztecas recibían en aquellas acometidas, continuaban con admirable tenacidad, molestando á sus contrarios, siguiéndoles, dice Hernan Cortés, «como perros rabiosos, á quienes de ninguna manera podían contener ni evitar que les siguieran.»

El caudillo castellano, viendo que de las azoteas disparaban sobre ellos una incesante tempestad de flechas y de piedras, mandó poner fuego á las principales casas de la calle. Era el punto por donde habia de volver á penetrar en la ciudad, y quiso destruir los edificios de donde pudiera ser atacado (1).

Alumbrados por la roja luz de las incendiadas habitaciones, cuyas llamas se elevaban al cielo, entraron los españoles en sus cuarteles de Xoloc, hoy garita de San Antonio Abad.

Al mismo tiempo que la division de Hernan Cortés habia penetrado hasta el centro de la ciudad por la calle de Iztalapan y habia alcanzado notables ventajas, Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval atacaron bizarramente la ciudad por los puntos que les correspondían. Ninguno de los dos penetró hasta los suburbios de la capital; pero tampoco habian tenido para ello barcos que les auxiliasen por el agua. Sin embargo, Pedro de Alvarado, acometiendo

(1) «Y dejamos puesto fuego á las mas y mejores casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrásemos, dende las azoteas no nos hiciesen daño.»—Tercera carta de Cortés.

por la calzada de Tacuba, derrotó varias veces á sus contrarios, y Gonzalo de Sandoval puso en dispersion á los numerosos escuadrones que le salieron al paso al aproximarse á Santiago Tlatelolco. Las tropas aliadas se batieron con notable valor, y el general castellano elogia la bizarría de ellas, diciendo que «pelearon muy bien».

Las fuerzas auxiliares recibieron, al terminarla accion, un aumento considerable. El rey de Texcoco, el jóven Fernando Ixtlilxochitl, que profesaba una adhesion profunda á los españoles, armó un ejército de cincuenta mil hombres, y poniendo al frente de él á un hermano suyo, jóven de reconocido valor, llamado Cárlos Ixtlilxochitl, lo envió al campamento de Cortés.

El general español recibió al gallardo jóven con las mas altas demostraciones de afecto. Conocia la importancia del refuerzo, no solo por la fuerza material que le prestaba, sino por el efecto moral que debia producir en los mejicanos, como asegura el caudillo español. La nacion texcocana ó acolhua habia sido hasta entonces la fiel aliada de Méjico. Desde 1425, en que se celebró la alianza ofensiva y defensiva entre el rey de Texcoco Nezahualcoyotl, el monarca mejicano Itzcoatl y el de Tacuba, Totoquiuhatzin, nombrado por el segundo, los texcocanos habian manifestado una amistad firme á los emperadores aztecas: en sus principales conquistas les habian ayudado; y puede decirse que á esa alianza debian los mejicanos su engrandecimiento. La proximidad de las dos naciones y la amistad que se profesaban, dió por resultado el enlace de muchas familias nobles, encontrándose unida una parte bastante considerable de la grandeza, por el parentesco y

los intereses. Al ver, pues, á esa misma nacion, á esa misma nobleza, armada contra ellos, debian perder toda esperanza de auxilio y sentir desmayar su brío (1).

Despues de haber obsequiado á los jefes del ejército texcocano, el jefe español dispuso que el esforzado jóven Ixtlilxochitl se quedase en su campamento con treinta mil hombres, y los otros veinte mil los destinó á los cuarteles de Pedro de Alvarado y de Gonzalo de Sandoval.

La vista de las numerosas tropas aliadas reunidas para destruir el poder de los mejicanos y el asalto dado á la capital, penetrando en pocas horas hasta el centro de ella, llenó de asombro á las ciudades próximas á Méjico, y muchas enviaron sus embajadores á Cortés, pidiendo entrar en la confederacion y separándose de la obediencia de los emperadores mejicanos. Entre esas ciudades se contaba la de Xochimilco, donde el caudillo español se vió en inminente peligro de caer prisionero, y que fué entregada á las llamas. Los xochimilcos habian sido conquistados por el emperador mejicano Itzcoatl, en 1427, despues de una sangrienta batalla que sostuvieron contra las aztecas huestes conquistadoras, que habian dominado ya á los tepanecas, á los valientes coyohuacanos y á otros diversos reinos situados en el valle de Méjico. La proximidad de la corte de sus dominadores, hizo que nunca intentasen recobrar su independenciam, temiendo ser destruidos. Tambien enviaron sus embajadores varias tribus de otomites,

(1) «Bien podrá V. C. M. considerar si era buen socorro y buena amistad la de don Hernando, y lo que sintirian los de Tenuxtitlan en ver venir contra ellos á los que ellos tenian por vasallos y por amigos, y por parientes y hermanos, y aun padres y hijos.»—Tercera carta de Cortés.